

No es posible pintar la amargura de los que teniendo una idea justa del principio de autoridad, se encuentran en determinadas circunstancias al frente de las provincias y ven formarse las cuestiones de orden público; y cuentan, por decirlo así, cada uno de los pasos que da el conflicto que se avecina; y leen los periódicos ó las hojas sueltas en que se preparan materiales para la hoguera; y se ven obligados á poner un *enterado* al márgen del aviso de alguna reunion en que saben que se van á hollar las leyes; y consultan las de reuniones y de policía de imprenta y ven que no les pueden servir de nada y tienen que cruzarse de brazos y dejar venir la tormenta que podrian disipar con un par de órdenes dadas á tiempo.

Lo mismo sucede en lo concerniente á Diputaciones y Ayuntamientos. El ilustre jefe del partido conservador ha reconocido en el debate que antes hemos recordado, que el gobierno es impotente para corregir los abusos de estas corporaciones porque las leyes no le dan medios eficaces para hacerlo. Tenia razon. Lo que nosotros no podemos esplicarnos es que esas leyes no hayan sido reformadas despues de las tristes esperiencias que el mismo señor Cánovas del Castillo recordaba.

Sabemos que el partido liberal se hubiera opuesto á la reforma, sobre todo si llegaba á lo vivo, es decir, si habia de servir de algo; sabemos que el caciquismo hubiera puesto el grito en el cielo como lo pondrá siempre que se trate de cortarle las alas; sabemos que quizás el actual ministro de la Gobernación hubiese desenterrado las ochenta ó cien enmiendas que presentó contra un proyecto del señor Romero Robledo, en el cual habia muchas cosas buenas. Pero el partido conservador estaba obligado á arrollar la oposicion de los liberales y despreciar la voz de los caciques y triunfar á toda costa del obstruccionismo del señor Gonzalez. ¿Por qué no lo hizo?—E. Z.

LA REPÚBLICA FRANCESA.

Por fin, la república francesa nos ha ofrecido la gran apoteósis de la democracia parlamentaria.

El público de las galerías ha recibido esta apoteósis con un *aaah!* de asombro y admiracion. Efectivamente, la cosa resulta tan espléndida, que muchos han llegado á creer que era una pieza aparte, y en los personajes colocados en posiciones académicas sobre la magnífica y complicada maquinaria, desde las bambalinas hasta el foso, iluminados por miles de luces de bengala de todos colores, no han acertado á reconocer á los mismos que han tomado parte en la representacion. Tal es el prestigio del arte escénico.

Y, sin embargo, si el público tuviera buena memoria no se admiraria de ver á esos hombres en la lastimosa actitud en que ahora los contempla. Al adoptarla no hacen sino ser consecuentes con sus actos anteriores: son lo que siempre han sido.

La tercera república francesa que se inauguró *dejando* quemar los justificantes de los 75.000.000 de francos invertidos por el gobierno de la Defensa nacional, no ha encontrado para poner al frente de sus destinos, en su período álgido de democracia, mejores hombres que Ferry, Grévy, Wilson ó Boulanger, muertos políticamente de la muerte indecorosa que todo el mundo sabe: y los que hasta actualmente la han representado ó dirigido, ¿quiénes son, sino ó simples figuras decorativas ó un Floquet, complicado junto con Naquet en la turbia especulacion sobre inmuebles tunecinos. Constans, al que se quiere perdonar una siniestra reputacion en gracia á ser hombre *à poing* (tan faltada de ellos está la democracia); Tirard, señalado en la sesion del Senado de 26 de abril de 1883 como prevaricador en el asunto de la conversion de las rentas; Rouvier, perseguido por atentado á las buenas costumbres en el asunto del Palais Royal; el judío Arène, que recibia un subsidio mensual de 4.000 francos por haber, como diputado, conseguido ciertos favores para la compañía Morelli; Proust, violentamente acusado por la prensa cuando la lotería de las *Artes decorativas*, en la que hubo de hacerse un segundo sorteo; los puritanos Brisson y Clémenceau, presidentes de sociedades de cuyos títulos no se acuerdan; y tantos y tantos otros cuyas hazañas llenan

las páginas de libros tan característicos de un estado social como la *France Juive* de Drumont ó los *Souvenirs d'un préfet de police* de Andrieux.

Esto es cuanto ha podido dar de sí la democracia francesa, éstos son los elegidos del sufragio universal para representar y dirigir la nación, éste es el personal de la única compañía capaz de representar piezas que acaban en apoteosis tales como la del Panamá.

Y no nos vengan ahora los republicanos franceses (con una modestia que les honra) á decirnos que en todas partes puede hacerse lo mismo, y á mentarnos lo de Ahlward en Alemania, y lo de los bancos de emision en Italia, y lo del Ayuntamiento de Madrid y hasta no sé qué de un bibliotecario de Génova. ¡Vaya por Dios! Cualquiera dia nos recordarán que en Lóndres le han robado el reloj á un caballero ó que una criada rusa se ha fugado con la vajilla de sus amos.

No, no. *A tout seigneur tout honneur*. En vano pretenden esquivar una gloria que por derecho les pertenece.

No creemos que los vicios ó las virtudes estén vinculados en determinadas formas de gobierno. Pero sí creemos que la república francesa es la mas pura expresión del principio democrático parlamentario; y como quien dice democracia dice debilidad y mediocridad y pasiones bajas, y quien dice parlamentarismo dice omnipotencia de cuatro abogadillos advenedizos y charlatanes, de ahí que creamos tambien que solo en una república como la de Francia puedan darse Panamás y que solo en tales repúblicas puedan los Panamás revestir la trascendencia que allí revisten.

En una monarquía á nadie le dan tentaciones de comprar toda una Cámara, porque se sabe que la Cámara no lo es todo; y aunque la Cámara se vendiera, el pueblo, al apartar con asco los ojos de ella, sabría á dónde volverlos dentro de sus mismas instituciones. En una república, que parte del principio de que no hay mas fuentes de poder que la soberanía nacional ejercida por medio del sufragio universal; en la que se supone que éste encumbra la flor y nata, la encarnación de los ideales y aspiraciones del país, ¿á dónde ha de volver los ojos el pueblo cuando él mismo se ve envilecido en las personas de aquellos que son sus criaturas, ó que se ha de suponer que lo sean, pues si no se viene abajo todo el sistema?

No vale el decir, como sostiene desesperadamente la prensa republicana, que por encima de los republicanos está la república, por encima de los hombres la institucion. Nó; en la república hombres é institucion son una misma cosa, porque teóricamente es el pueblo gobernándose por sí mismo con exclusion de toda idea de otra superioridad: porque prácticamente todas las repúblicas en la historia han vivido de las virtudes del pueblo y del prestigio de sus hombres, y con aquéllas y éste se han encumbrado y con éste y aquéllas han caido. Se ha visto muchas veces regenerarse imperios y monarquías rebajados, por feliz ocasional reaccion del principio super-popular que los animaba: ¿cuándo y dónde se ha visto volverse á levantar por sus propias fuerzas una república democrática caida? La habrá levantado, por ventura, la dura mana de un Cirineo cesarista.

Dos veces este Cirineo ha levantado al pueblo francés y le ha ayudado á llevar la cruz del gobierno democrático, hasta que sus sayones la han vuelto á cargar sobre sus hombros. Ahora ha caido por vez tercera, y cuando se ha caido tres veces con la cruz á costas, es que ya se está muy cerca del Calvario.—*J. Margall.*

CORRESPONDENCIAS PARTICULARES DEL DIARIO DE BARCELONA

Madrid 2 de enero.

Las disposiciones ministeriales en que me ocupaba en mi carta de ayer han producido en el campo ministerial un gran clamoreo, especialmente contra los nombramientos hechos por el señor Gamazo últimamente, pues no solo ha dejado sin colocacion á varios antiguos funcionarios del ministerio de Hacienda, que además tenían relaciones estrechas con varios prohombres liberales, sino que además en la combinacion ha llevado á los puestos de confianza á individuos muy significados en la anterior situacion, tronando contra estas preferencias hasta los mismos amigos del señor Sagasta que muestran un grandísimo recelo en